

Apunhalando con la mirada. Una lectura psicoanalítica sobre la escena del castigo¹

Claire Valier
Universidad de Lancaster

El castigo es una práctica emotiva; aparentemente una declaración insignificante, aunque todavía su significado no esté totalmente comprendido. El argumento presentado en este artículo sostiene que el acto de infligir castigo legal pone en juego nuestra subjetividad. En base a esto, se emprende una comprensión reflexiva del castigo legal. Haciendo esto, el artículo se desplaza a través de una lectura especulativa e introspectiva de un número de representaciones visuales y literarias del encarcelamiento.

Este artículo no trata *sobre* representaciones del encarcelamiento, pero toma muchas de ellas como ocasión para una reflexión sobre las conexiones entre subjetividad y penalidad. Esta reflexión puede ser apreciada en dos sentidos relacionados. El primero se refiere a la comprensión de la importancia emocional del acto de castigar. En particular, la lectura propone aquí algunas preguntas acerca del significado Durkheimiano y Foucaultiano del castigo. En segundo lugar, se ha construido

un caso para una lectura psicoanalítica como ejercicio crítico y reflexivo. Tomado como un todo, el efecto de este artículo es problematizar la mirada de la relación de los sujetos con distintas imágenes de prisioneros. Examinando estas imágenes del castigo se problematiza lo penitenciario, la distinción ente observador y convicto esta pronta a colapsar.

El análisis descrito en este artículo concierne particularmente a *La ronde des prisonniers* (1890) de Vincent Van Gogh. Ha existido un vivo debate ente los críticos de arte acerca de si Van Gogh se pintó a sí mismo en esta escena en prisión en la persona de un convicto particular. El artista, como el creador y el primer observador de la imagen, ocupa una posición privilegiada en relación con la composición de la representación. En la primera parte de este artículo he esbozado los procesos a través de los cuales las miradas de los observadores subsecuentes son implicadas dentro de la puesta en escena. Estas reflexiones me llevaron a cuestionar la tesis de

¹ Publicado en *Punishment & Society*, Vol. 2, No. 4, 379-394, 2000. Traducción Sabrina García y Nicolás Cardone (Universidad de Buenos Aires).

Foucault que afirma que la penalidad expresa una relación de saber-poder que puede ser caracterizada como disciplinaria en sus efectos y presentada heurísticamente como panoptismo. Mi propuesta es que debemos emprender una interrogación minuciosa acerca de las idiosincrasias de nuestras investiduras subjetivas en el acto de castigar.

Las representaciones de las experiencias en prisión están ampliamente dirigidas a aquellos que nunca se verán a sí mismos en la cárcel. Esto significa que nosotros debemos tomar seriamente las responsabilidades de nuestra tarea

I. Mise en scene

Tiempo perdido en pasos, la misma ronda monótona pisada una y otra vez. *La ronde des prisonniers* de Vincent Van Gogh representa un grupo de prisioneros ejercitando en círculo, observados por un guardia y dos caballeros (Figura 1). Mirando la pintura de Van Gogh, también nosotros observamos a los prisioneros. Algunos de sus rostros están vueltos hacia nosotros, y otros expresan poco de su individualidad. Vestidos en sus desarreglados uniformes de prisión, y con su cansino andar, se mezclan imperceptiblemente entre las altas paredes que los contienen. Las figuras están amontonadas, obligadas a caminar en un círculo ordenado, deliberado, aunque sin sentido. Con las cabezas inclinadas, ellos fijan su mirada sobre la espalda del hombre que les precede (“Yo no había pensado que la muerte había deshecho a tantos”). Los dos caballeros están conversando entre ellos: ¿qué están di-

al examinarlas. No hay ninguna lectura que pueda “hacer justicia” a estas representaciones, tampoco dar cuenta exhaustiva de su polisemia ni identificar una sola interpretación autorizada. Este problema comporta cuestiones conflictivas acerca de la ética de la lectura, por cuanto todos los análisis se instituyen, en términos de Jacques Derrida (1998:9), como “póleros”.² A lo largo de los años estas imágenes de la prisión esperan al espectador. El protagonista hostil de Van Gogh devuelve la mirada a su pintor y a su observador. Quizás encuentre obsceno el cuadro que han pintado de él.

ciendo sobre aquellos que están circulando? ¿cuál es su lugar dentro del orden semántico de este cuadro?

La fuente de esta pintura de Van Gogh fue el grabado de un bosquejo de Gustave Doré de unos prisioneros ejercitando en Newgate, una de las ilustraciones de *London: A pilgrimage* (Doré y Jerrold, 1872). El texto de ese volumen, compuesto por el periodista británico William Blanchard Jerrold, informa al lector que para adquirir una verdadera idea de las causas y del control del crimen, ellos deben acudir a un detective. La narrativa de Jerrold pone al corriente al lector acerca de que los holgazanes provenían de todas las clases sociales, de hecho, uno de los convictos dibujados por Doré era anteriormente un coronel. Una vez ordenada la revisión de las tropas, toma su sitio en este desfile, regimentado aunque caótico.

² “Póleros” designa, en Derrida, la relación entre *polemos* y *eros* [N. de los T.].

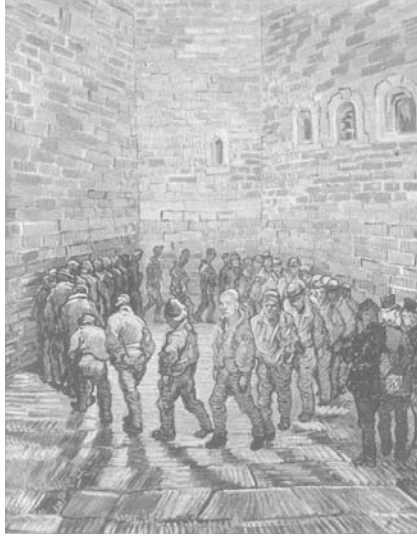


Figura 1 *The Exercise Yard or The Convict Prison*, 1890 (óleo sobre lienzo, por Vincent Van Gogh (1853-90))
Pushkin Museum, Moscow, Russia/Bridgeman Art Library

Todavía cinco años después, la ronda parece convertirse momentáneamente en un círculo completo. El mismo detective que Doré había recomendado como guía turístico se encontró a sí mismo sentenciado a dos años de trabajo forzado por el crimen de conspiración para hacer fracasar los fines de la justicia.

El boceto de Doré fue el producto comercial de una visita a una prisión de Londres. Las condiciones de producción de la pintura de Van Gogh fueron muy diferentes, ésta fue hecha mientras duró su estadía como internado en un asilo de Saint Rémy. Su trabajo es por eso una reflexión crítica de la escena recordada de Doré y, al mismo tiempo, un comentario de su experiencia en el asilo provincial. Según Jerrold (1891), Doré había permanecido en la esquina del patio de la prisión, observando el “círculo móvil de la desgracia”. Distanciándose él mismo del carcelero, del detective y de

su compañero de visita, tenía la posibilidad de participar en un complicado juego de miradas. La pintura de Van Gogh, sin embargo, niega la distancia espectadora del artista, implicándose él mismo dentro de su propio lienzo.

En la escena de Doré (Figura 2), las paredes de la prisión se alzan interminablemente hacia arriba, al punto de que terminan fuera de la vista, una técnica utilizada para aumentar el efecto evocador para sus ilustraciones del *purgatorio* de 1868 de Dante. Los muros infinitos, “la oscuridad sin fondo, el abismo infinito”:³ el término incierto del período expiatorio, el tormento de la suspensión en un tiempo que no parece pasar; la incesante vuelta del alma sobre sí misma. Cuando Newgate fue reconstruida de acuerdo con el diseño de George Dance el Joven entre 1770 y 1784, los patios fueron diseñados para crear la percepción de estar abatido dentro de un profundo pozo.

³ Milton (1667) *Paradise Lost II*, 405.

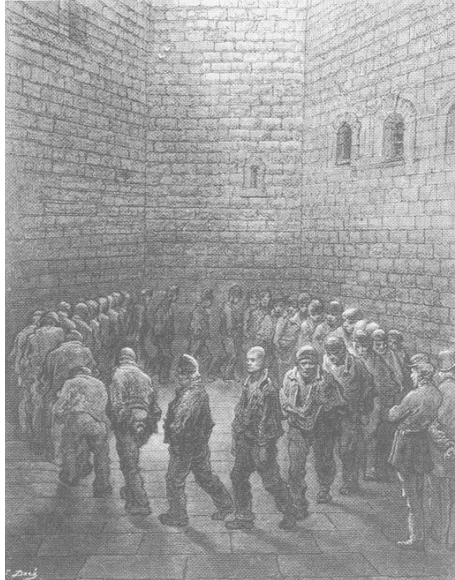


Figura 2 Newgate. Patio de Ejercicios, de *London, a Pilgrimage*, escrito por William Blanchard Jerrold (1826-84), grabado por Heliodore Joseph Pivan (1822-90), pub.1872 (engrabado) por Gustave Doré (1832-83) (luego) Central Saint Martins College of Art and Design, London/Bridgeman Art Library

Una fotografía tomada poco después de la demolición de la prisión muestra que la altura de las paredes era inconmensurable con el ancho del patio, creando un efecto vertiginoso y opresivo (Gordon, 1902:311).

Fuera de su habitual costumbre, Doré no hizo bosquejos mientras estuvo en la prisión. Lo que su impresión recordada introdujo fue un escorzo del campo visual. Al traer a los prisioneros más cerca, los hizo acercarse al observador. Esperando que los transfieran a una prisión que abraza terrores desconocidos, y aun así de alguna manera amenazantes: esta es la manera en que Doré recordaba a los hombres de Newgate. El vocabulario de un romanticismo gótico ha convertido a las figuras del fondo en algo que no puede ser distinguido en la oscuridad, las pequeñas ventanas encima de ellos parecen admitir algo de luz. Las sombras proyectadas por los hombres que pasan caminando se prolongan hacia el artista y se dispersan. Las técnicas estilísticas aplicadas

efectúan una amenaza simbólica: aunque estos hombres están contenidos en la prisión impenetrable de Newgate, y observados mientras son forzados a andar en este espiral, su esencia permanece a la sombra. Michel Foucault cierta vez afirmó que “las piedras pueden volver a las personas dóciles y cognoscibles” (Foucault, 1991:172). La escena de Doré, sin embargo, sugiere algo sobre la inestabilidad última de la arquitectura moral.

El capítulo de *London: A pilgrimage* en que fue descrita la visita a Newgate tenía por título “Under lock and key”, aunque aquí todavía no puede encontrarse una imagen definitiva del encarcelamiento. La representación de la custodia no logra aislar al prisionero como un objeto diferenciado de conocimiento positivo. Esta ambigüedad textual no sólo está presente en el arte de vanguardia que expone el problema mismo del modo de representación. En *Retribution* (1880), William Powel Frith representó a unos prisioneros caminando en

ronda en el patio de Millbank (Figura 3). En el frente un prisionero camina. Sus ojos no dan cuenta de nada a su alrededor, sus pensamientos preocupados sobre algún error del pasado; su postura y expresión facial manifiestan resignación y arrepentimiento. Las flechas en la manga de su uniforme lo visten de infamia: despojado de su antigua identidad, su estatus como convicto está marcado en su traje. Detrás de él camina un financiero corrupto que ha sido condenado por delitos de fraude y corrupción. La distancia entre estos dos prisioneros expresa su aislamiento, estigmatización y soledad representando el doble castigo al que están sujetos. La autenticidad visual del punto de vista de Frith, su búsqueda por el verdadero retrato, alude a que, en ambas series, las imágenes producidas están definidas profundamente; la narrativa es representada autoritariamente. La función didáctica de la imagen es clara; aquellos que sucumben a la tentación cosecharán el pago de su pecado en la tierra. El artista y su público parecen ser cómplices de una observación detallada que

deja sus valores sin discusión. Sin embargo, los contemporáneos de Frith habrían sabido que los financieros fraudulentos raramente eran procesados. Por mucho que les hubiera gustado ver al fraude detrás de las rejas, la escena con la cual el admirador burgués de Frith siente tanto placer es fantasiosa. Esto lleva a cuestionarse si la práctica del encarcelamiento —o su representación— habría ejercido el efecto constructor tanto punitivo como disuasivo, que la imagen de Frith tiende a producir. De forma similar, el comentario de Balzac de que el patio de la Conciergerie⁴ “imprime un miedo a la justicia humana sobre aquellos que sólo lo sienten por la justicia divina”, fue socavado por los hechos de su relato. En el patio de ejercicios no sólo los más viejos camaradas de Collin fallaron en traicionarlo; peor aún, Collin subrepticamente puede darles instrucciones sobre un plan (Balzac, 1970:439).

Mirar entre las representaciones de los patios nos otorga una ocasión para pensar sobre estas imágenes en términos de las relaciones ente los prisioneros.



Figura 3 *Retribution*, de William Powell Frith. Birmingham Museum and Art Gallery

⁴ En español, Conserjería [N. de los T.].

Los patios de ejercicio han provisto una poderosa metáfora a las representaciones literarias, abriendo la lectura de las imágenes del castigo a una audiencia más amplia que aquella de las pinturas ya discutidas. En estos textos pueden ser distinguidas unas miradas fugaces de una sociedad de convictos lejos de la permeabilidad del poder disciplinario. Los escritos de los mismos prisioneros pueden describir un intercambio intenso. Los prisioneros en las pinturas de Doré, en las de Van Gogh y los de Frith no se miran entre ellos. Nosotros no los vemos a ellos mismos adornarse en su belleza salvaje, como lo hacían los adorables y guapos maleantes de Genet. Los prisioneros de Fontevault, como hemos sabido, se pasaban entre ellos notas de amor, “aquellos intercambios furtivos que inflaban la prisión con sus suspiros reprimidos” (Genet, 1971a:62). ¿Qué pueden hacer los académicos mojigatos frente a tal ilícito sublime?

Esto no nos permite olvidar la ira furiosa de las relaciones entre los presidiarios manifiesta en su más intensa expresión en la correspondencia de George Jackson (1971). En este texto desafiante una serie de cartas transmiten los miedos de un hombre tras las rejas, fatalmente condensados en el asesinato de tres prisioneros negros en el patio recreativo de Soledad, un “secreto y público (racismo), explicable y misterioso, estúpido y más complicado que el ojo de un tigre” (Genet, 1971b:20). Con el crecimiento de su conciencia política, Jackson se rehúsa a expresar penitencia: basado en esto se le negó la libertad condicional. Es problemático responder simplemente a la continuación del encarcelamiento de Jackson con

la descalificación de un gesto político valioso. Esto coloca al lector en una posición difícil y frustrante. El lector, sabiendo que interviene demasiado tarde para salvar a Jackson, se siente incomodo frente a tal impasse. La alteridad ocasiona un odio violento y asesino. Imágenes tan potentes como ésta sacuden al lector, quien no puede evitar un complicado sentimiento de complicidad con los guardias blancos de prisión.

Al observar estas escenas del encarcelamiento, el observador se vuelve parte de su mirada. En la pintura de Van Gogh, la figura central entre los convictos ha vuelto su cabeza para dirigir su mirada al atril del pintor, y haciendo esto se convierte él mismo en un participante consciente en el acto de su creación. Su rostro es inescrutable, y su expresión es tal vez una mezcla de desafío y resolución, pero desprovista de remordimiento. Una cosa es clara: él lo mira a Van Gogh y a nosotros, sus observadores. El ha visto que lo estamos pintando. La vuelta de la mirada por este prisionero anticipa al observador. Esta demanda solicita urgentemente una respuesta. El poderoso encuentro, eróticamente investido, fuerza a los observadores a reconocerse a sí mismos en su lectura. En la pintura de Van Gogh es ahora problematizado el aspecto penitenciario que no podía ser sostenido en la de Doré. La impresión fantasmagórica inducida por el uso de los verdes y los azules imparte a la escena la textura de una alucinación o una pesadilla. Las paredes ahora crean un efecto de intensidad claustrofóbica, dibujando al observador dentro de una proximidad incómoda con los prisioneros. ¿Por qué estamos nosotros allí?

II. Sobre los placeres intolerables del voyeurismo

El artículo de Griselda Pollock “Vicarious excitements”, de 1988, aplica el trabajo de Foucault sobre la sociedad disciplinaria para lograr una comprensión del trabajo de Doré y Jerrold *London: A pilgrimage*, construyendo un caso para observar la literatura turista como una instancia de panoptismo. Ella afirmó que el texto utilizó la convención de la perspectiva distante, una mirada fija dominante que recoge la mirada desde la seguridad de una posición localizada fuera de ella. Pollock exploró cómo los procesos de la mirada estaban relacionados a la formación de las disciplinas que regularon las poblaciones urbanas. Ella vio las representaciones, aquellas contenidas en *London*, como un lugar de dispersión de la vigilancia. Sin embargo, al caracterizar al observador como un supervisor, ella también lo ve como un turista. Aquí está su lectura de la relación óptica constituida por el intercambio de miradas con el convicto principal de Doré:

“La pintura contiene la agresión del reproche del prisionero por la crudeza con la cual su cara es delineada y la figura es empequeñecida por el encierro. Pero la devolución de la mirada que ocurre en muchas de las pinturas del East End,⁵ interrumpe provocativamente las relaciones de mirada y vigilancia. Ella señala una tercera mirada –la del consumidor de las imágenes/libros/productos, distanciada espacialmente de la mirada representada de las figuras de autoridad (...) El observador disfruta el lugar de la tercera mirada como un testigo protegido, en el borde del voyeurismo donde la amenaza de los lugares y sus poblaciones es evocada pero contenida, suspendida en la permanencia inanimada de la imagen visual inmóvil”. (Pollock, 1088:36)

Este reconocimiento de la “tercera mirada” indica una intersubjetividad triangular; que todavía Pollock no abordó. Ella sostuvo que desde esta “cuarentena confortable de criminalidad encerrada” (Pollock, 1988:36), uno (el “lector turista”) siguió al detective, al periodista y al artista al East End, donde el lector/observador fue nuevamente instituido como un “testigo protegido”. Yo sostendría que ninguna posición segura de este tipo puede ser adoptada. En el caso de esta imagen particular, el criminal no se ofrece a sí mismo para el deleite. Este no es el *locus* de una “criminalidad encerrada”; nosotros vemos aquí prisioneros y no criminales (esta distinción provoca ansiedad, recordándonos que raramente podemos atrapar al criminal *in flagrante delicto*). La mirada dominante de una perspectiva distante, con su alcance panorámico asociado, está siempre modulada por la mirada interior. Observaciones como éstas, provenientes del último poeta laureado, atraen vívidamente nuestra atención a la apasionante manía del acto de mirar: “Estaba tan concentrado. Tan metido en tu rastro, de manera brillante. Todo lo que no eras tú era un punto ciego” (Hughes, 1998:29). Finalmente no hay un recurso contra el yo. El observador no puede estar seguro contra la intensidad de sus deseos y la movilización de sus defensas. La imagen no está caracterizada por una “permanencia inanimada”; al contrario, el observador es arrojado dentro del intercambio erótico de sus deseos espantosos y coléricos. El voyeurismo es una fantasía de control inestable.

⁵ East End: barrio de Londres cercano al puerto, y por ende, el primer lugar de residencia de los inmigrantes. Es una zona de muy bajos recursos [N. de los T.].

Pollock presenta la pintura de Doré como una escena disciplinaria, una escena en la cual “la criminalidad es confinada, clasificada, y disponible a la inspección” (Pollock, 1988:36). Durante el período intermedio de su trabajo, Foucault consideró la subjetividad como un efecto del poder disciplinario sobre el cuerpo: “El alma es el efecto e instrumento de una anatomía política” (Foucault, 1991:30). De acuerdo con Foucault, en el panóptico “la visibilidad es una trampa” (Foucault, 1991:200) porque es el medio para una mirada normalizadora. Esta relación asimétrica, a través de una observación distante y jerárquica, busca cerrar la brecha entre la norma y cualquier individuo dentro de una distribución ordenada. El sujeto aparece como un efecto de ciertas prácticas de sujeción, como las prácticas correccionales de la penalidad moderna, y las tecnologías de confesión objetivantes que Foucault identifica con el psicoanálisis.

En el uso retórico de Foucault de la figura conceptual del panóptico, ver es un tropo para conocer. La tesis primaria sustantiva, de la cual el panóptico es presentado como ilustración, involucra el carácter de una particular relación de saber-poder. La filosofía del sujeto inherente a la figura del panóptico cancela las preguntas sobre el complejo e incierto juego de presencia y ausencia que anima a la teoría psicoanalítica. Este está dramatizado, por ejemplo, en el juego de niños *fort/da!* descrito por Freud en *Más allá del principio del placer* (ver Lacan, 1995:65). De acuerdo con la teoría Lacaniana, el orden simbólico está caracterizado por una oposición binaria entre ausencia y presencia en la cual ambas están mutuamente implicadas. Como un autor

lo ha señalado, una perspectiva psicoanalítica sostiene que el mecanismo psíquico de identificación instituye una constitución vampiresca de la subjetividad humana que es un cierto tipo de aparición (Fuss, 1995a).⁶ La identificación puede ser vista como un encuentro problemático con los fantasmas de nuestro pasado, ya que a través de esta acción los otros sustitutos vienen a llenar los espacios vacíos que imaginábamos ocupados por el objeto de amor perdido. Esta actividad mental puede ser descripta como espectral en el sentido de que inscribe la fantasía inconsciente en el corazón de la constitución de la subjetividad. La figura del panóptico presenta el acto de mirar demasiado poco problemático, dejando de lado un juego de relaciones ópticas totalmente complejo. El concepto de panoptismo no aborda ni las distorsiones de la fantasía ni el significado de lo desconocido que reside en el corazón de la teoría psicoanalítica.

Las imágenes de Newgate son instancias enigmáticas de un momento fatídico en el que la pareja ver-ser visto no ha sido disociada. Por eso, yo prefiero leer la obra de Doré como una escena de castigo en la cual la distancia y la distinción entre el testigo y el convicto está suspendida. Al mirar las pinturas de Doré y Van Gogh nosotros somos, en fantasía, el testigo de la escena del castigo, pero todavía no podemos permanecer fuera de la imagen. Debemos interrogar nuestras investiduras subjetivas en el acto de castigar.

Desde el siglo XIX un rango diverso de fuentes documenta, en la visita a la prisión, una fascinación con la legibilidad de la criminalidad, un deseo coordinado de poder leer el tipo de crimen desde la apariencia física y los gestos de cada convicto. ¿Qué puede ser

⁶ Para una introducción accesible a la noción del sujeto Lacaniano, ver el primer capítulo de Stavrakakis (1999).

el ombligo insondable, o desconocido, de las imágenes de Newgate que, por detrás de cualquier lectura, elude nuestra comprensión? Sugiero que éste es el problema de los crímenes de los prisioneros, y especialmente aquel de nuestro protagonista hostil. ¿Qué crimen

ha cometido? ¿Nosotros somos culpables también de la misma transgresión? Una pregunta no dicha, que casi parece descortés. Las imágenes de Newgate socavan lo penitenciario al implicar al observador dentro de su acto de mirar: ¿qué deuda quieres pagar?

III. Sobre la expiación vicaria

En 1931, la *Howard League for Penal Reform* publicó un panfleto escrito por el psicoanalista Edward Glover⁷ titulado “La psicopatología del azote”. Glover comienza su ensayo con la observación de que nosotros no tenemos contacto con los procesos psíquicos de los cuales derivan nuestros pensamientos conscientes. Partiendo de esta premisa socava inmediatamente la soberanía racional de su lector, afirmando además que esto provoca que “nosotros no podamos fiarnos de la integridad de nuestras opiniones y motivos conscientes” (Glover, 1937:6). Esto significa que el trabajo del análisis de Glover puede operar en esta instancia como una efectiva “técnica de inestabilización” (Auden, 1987:93).

Glover explica que en la historia psicológica de cada persona están implicados intentos de ocultar, sublimar, controlar, abolir o ignorar la fusión de los instintos agresivos con los sexuales, técnicamente conocido como los impulsos sádicos. Para Glover, estos impulsos sádicos son inconscientes, continúan durante toda la vida y afectan la conducta a pesar de la completa ignorancia del individuo de su existencia. Los mecanismos de defensa como la represión y el desplazamiento oscurecen, adicionalmente, una comprensión verdadera de esta motivación subjetiva. Al sentir entusiasmo en la administración del

castigo legal, los impulsos inconscientes de auto-castigo y culpa son depositados en los prisioneros condenados, alcanzando de esta manera una “expiación vicaria”. Además de esto el criminal es un chivo expiatorio porque su salvaje castigo opera “como un refuerzo de las defensas contra la tentación interna de los ciudadanos a cometer el mismo crimen” (Glover, 1937:15). Las personas, continúa Glover, raramente sospechan sobre la existencia de un sistema constante de represión, y reducen la intensidad de su impulso sádico cuando “expresan su ánimo de acuerdo con unos cuantos comentarios hirientes. Ellos ‘azotan con sus lenguas’, o si el stress es demasiado grande, ‘apuñalan con la mirada’” (Glover, 1937:16). A través de estas miradas que apuñalan complacemos nuestros instintos agresivos sin tener que arriesgarnos a hablar. ¿Ha visto el prisionero de Van Gogh nuestra ansiosa indignación?

El análisis de Glover diverge de la comprensión de Émile Durkheim acerca del carácter simbólico del castigo en varios aspectos. Como argumenta David Garland (1990), en *La Educación Moral*, Durkheim desarrolla una teoría del castigo como comunicación, como un signo por el cual se expresa a los otros la desaprobación y el reproche. Para Glover el castigo era una pantalla o una ac-

⁷ Glover fue un miembro fundador del “Institute of psycho analysis”, el ISTD y la “British society of criminology”.

tividad de desplazamiento. Es una actividad mediante la cual los individuos complacen de manera oculta emociones que no pueden reconocer, de hecho aquellas que no pueden ser conocidas por ellos.

Utilizando *La genealogía de la moral* de Nietzsche para señalar que el placer en la crueldad es una manifestación de la voluntad de influir sobre los otros, Garland (1990) pregunta si los sentimientos punitivos son tan nobles como Durkheim habría creído. Luego, señala que para George Herbert Mead (1918), la energía que subyace a la emoción punitiva proviene de la agresión inhibida más que del ultraje de las obligaciones morales. Mead criticó el castigo como una expresión de una actitud hostil, iluminando varios de sus efectos nocivos, y clamando por un ser social diferente en consonancia con la reconstrucción de las condiciones sociales. Citando a Franz Alexander y a Hugo Staubs en *El Criminal, el Juez y el Público* (1956), Garland afirma que las perspectivas psicoanalíticas ven al castigo como una salida socialmente aceptable para nuestra propia agresión. Señala también que otros escritos psicoanalíticos relacionan el significado de la identificación con el criminal como una gratificación de deseos reprimidos. Desde este punto de vista, el sentimiento punitivo es ambivalente, más que complejo o contradictorio.

Aparte del problema de la nobleza del sentimiento punitivo, su dinámica específica como un mecanismo psíquico requiere elaboración. Al igual que Durkheim, Mead establece un vínculo entre el castigo y la solidaridad social, comentando que tal hostilidad tiene el efecto de “unir a los miembros de la comunidad en la solidaridad emocional de la agresión” (Mead, 1918:591). Como explicación del chivo expiatorio, la identificación proyectiva difiere de la ofrecida por Cohen (1973) y por Hall *et al.* (1978) en su énfasis en lo intra-psíquico y en el significado dinámico de la culpa. Robert

Hinshelwood *et al.* (1999) sugieren que el mecanismo de la identificación proyectiva puede ser central en la formación de grupos y da cuenta del carácter primitivo de muchos comportamientos grupales. La proyección de la culpa sobre una persona significa que ellos tienen un papel poderoso e inconsciente para representar en los otros. Yo veo a la identificación proyectiva como inherentemente divisiva y creo que solo aparentemente produce la unión de los grupos. Ninguna unidad de pensamiento subyace a tal volatilidad.

Mead no solo notó en la reacción social al crimen el despertar de un sentimiento de unión en el grupo, sino que también la inhibición de las tendencias de los ciudadanos respetuosas de las leyes de cometer actos criminales. Es decir que no problematizó la inhibición, sosteniendo “una identidad de prohibición y exclusión” (Mead, 1918:587). Las lecturas psicoanalíticas del castigo desafían la propia evidencia de esta proposición. Jacqueline Rose (1993) señala que para Freud la obsesión colectiva de castigar al criminal es un mecanismo para deshacerse de la culpa. Se trata, sin embargo, de un mecanismo precario: “La culpa del criminal establece la inocencia de la sociedad; pero, como toda oposición, se arriesga a una potencial identificación entre los términos” (Rose, 1993:53).

Lo que surge de mi lectura de Durkheim y Mead es que ambos descuidan el miedo y la culpa que subyacen al impulso punitivo. Atendiendo a esta dinámica y sus efectos, aflora que los observadores y los lectores no son simplemente los espectadores de la teoría de Durkheim. De esto se sigue que la escena de Newgate es una escena de castigo en la cual las miradas están tan cargadas como sugieren las especulaciones de Glover. Lo vicario en su consideración es la expiación más que la excitación postulada por Pollock; ésta no señala una distancia segura sino la ambivalencia del desplazamiento y la pro-

yección. La inseparabilidad de la afirmación y la negación es experimentada por el sujeto de forma intolerable. La impotencia superflua del guardia y el detective es subrayada, aún

más de lo que era en la obra de Doré. Ellos fracasan a la hora de proteger al espectador de la fuerza traumática de esta pasión.

IV. Desestabilizando al lector normal

La contribución de la teoría psicoanalítica al estudio de la penalidad no se puede reducir a una explicación de un discreto aspecto emocional del acto de castigar. En el movimiento de desplazar una complicidad emocional desconocida en la tarea de castigar, una postura crítica se abre y permite desafiar la suposición sobre el lugar del lector común. He elaborado algunos puntos resumiendo el lugar genérico del trabajo psicoanalítico entre otras comprensiones del castigo. Durkheim, Nietzsche, Mead o Foucault no abordan en detalle las complejidades de lo intra-subjetivo. Como consecuencia, la utilidad de su trabajo es limitada para una aproximación reflexiva a la penalidad. Quiero sostener que la obra de Melanie Klein provee recursos considerables para el pensamiento crítico en el área de la criminología, con su sensible exploración acerca de las más crudas pasiones, dolores y furias subterráneas. Desde esta perspectiva mirar dentro de las motivaciones inconscientes del castigo se vuelve una cuestión de representar el conflicto entre las relaciones con los otros y lo que Klein (1975:340) llama “la relación con nosotros mismos”.

¿Por qué Klein? El trabajo de Melanie Klein se puede distinguir del de sus pares en una importante cantidad de aspectos.⁸ Dos de ellos parecen ser particularmente significantes para el trabajo de este artículo. Klein le dedicó menos atención a la energía

sexual (libido) que Freud, y se concentró en cambio en las relaciones de objeto. Para esta lectora, la teoría de las relaciones de objeto es fascinante y elusiva porque pone en juego unas complejas series de relaciones (que no pueden ser vistas simplemente como dialécticas) entre lo intra-psíquico y lo interpersonal. Segundo, como prosigue su carrera analítica, Klein llega a atribuir un significado en aumento al instinto de muerte, una autodestrucción primordial que es lidiada por el individuo de varias maneras. Este concepto puede captar poderosamente el sentido en el cual la hostilidad dirigida hacia los otros emana desde una relación con el yo.

Antes de proseguir con mi argumento quisiera esbozar algunas características de las ideas de Klein que conciernen a las configuraciones psíquicas que ella llamó la posición paranoide-esquizoide y depresiva. El término “posición” designa en este contexto una configuración de las relaciones de objeto y sus ansiedades y defensas características. La teoría de Klein postula el desarrollo psicológico como un asunto de inclusión de objetos externos, dentro de una comprensión de la fantasía no como un sustituto de la realidad sino como una parte integral de las experiencias “reales”. Klein describe el desarrollo temprano de un rico mundo interno. Como lo explican Hinshelwood *et al.*, “los objetos internos tienen esta cualidad de ‘ser de otro’

⁸ Para aquellos que apreciarían mayor información acerca de Klein, recomiendo Segal (1973, 1989) y Hinshelwood *et al.* (1999).

(o mejor, que les pertenecen a otros)” (Hinschelwood *et al.*, 1999).

En la comprensión del proceso mental de Klein, los poderosos impulsos agresivos son distinguidos desde los tempranos meses de vida del infante. Ella utilizó el término “paranoide-esquizoide” para denotar la coexistencia desgarro y ansiedad persecutoria. La ansiedad originada de la actividad del instinto de muerte toma la forma de miedos persecutorios. La ansiedad de ser destruido desde dentro es vivida como causada por objetos externos horrorosos, “experimentados como el miedo de un incontrolable objeto abrumador” (Klein, 1986:179). En el proceso de la identificación proyectiva, el prototipo de una relación agresiva, “el odio contra las partes del yo es ahora dirigido hacia la madre” (Klein, 1986:183). La proyección implica la externalización de los objetos internos. Algo que se percibe como peligroso e interno puede ser llevado hacia afuera. El impulso no es sólo herir o dañar, sino que también controlar el objeto, que se siente como perseguidor.

La preocupación del niño por controlar sus deseos violentos, y su ansiedad sobre sus amados padres, da lugar a una crisis llamada *la posición depresiva*. De acuerdo con la teoría de Klein, la posición depresiva aparece cuando comienza la introyección del objeto completo. Con la introyección del objeto como un todo ya no hay más la separación de sus aspectos amados y odiados observados en la posición paranoide-esquizoide. La confluencia de los sentimientos de amor y odio es angustiante. La síntesis de ambas da origen a un aumento del miedo de pérdida y sentimientos de duelo y culpa, que Klein (1986) llama *pining*. Con el advenimiento de la posición depresiva, los mecanismos esquizoides permanecen, aunque atenuados y de una forma modificada. Desde esta perspectiva, la integración de la psique implica tolerancia de la ambivalencia, y una lucha

de por vida para lograr un óptimo balance resultante.

¿Qué pertinencia tiene la teoría Kleiniana con respecto a la práctica del pensamiento crítico en penología? ¿Puede hablarse todavía del castigo concebido como reintegrador? Pensar en el artículo del psicoanalista Michael Balint “On punishing offenders” (1957), ilustra la vitalidad crítica de las ideas de Klein para el estudio del castigo legal. El artículo de Balint expone incómodamente una idea de readaptación en el corazón de una visión correctiva de la penalidad. Yo sostendré que al hacer esto Balint niega sus proyecciones hacia y las identificaciones con el criminal. El movimiento de su razonamiento incita a sus lectores a descuidar las motivaciones inconscientes de su entusiasmo por castigar a otros. Es sólo sobre estos supuestos que la perspectiva de Balint puede ser correccional acriticamente.

Indicando su intención de desarrollar algunas de las ideas de Klein en torno a la criminalidad, Balint probablemente consideraría al prisionero de Van Gogh ocupando una posición paranoide y rechazante. ¿Sobre qué bases él puede llegar a tal consideración? Balint explicó que esta configuración psíquica se caracteriza por una actitud suspicaz y hostilmente provocativa contra las ansiedades persecutorias estimuladas por el remordimiento y la culpa. Ésta última, sostiene, es proyectada hacia las realidades externas de la policía y la ley. De acuerdo con Balint, el infractor debe someterse a la experiencia emocional de un trauma “beneficioso” y “saludable” si quiere moverse desde la posición paranoide hostil hacia una aceptada posición depresiva. Argumenta que mientras en Freud la elaboración de la melancolía, el desaliento procede de una profunda desilusión respecto al objeto de amor, la depresión del infractor aparece cuando se da cuenta “que él mismo no tiene valor, al menos como un objeto de

amor para la comunidad” (Balint, 1957:107). La concepción de Balint del ofensor “arrepentido” fue derivada de su comprensión del hombre común como poseedor de un superego (“un conjunto de estándares conscientes e inconscientes”) en armonía con el pacto, entendiéndolo como los estándares aceptados por la comunidad. Esta interpelación de un lector normal es una estrategia retórica que tuvo muy poco que ver con el desafío de Glover a la soberanía racional de su lector. En este sentido Balint canceló prematuramente el problema de lo normal.

Balint sustituye la idea de la integración psíquica de Klein por la de readaptación. En la teoría psicoanalítica, la noción de adaptación sugiere una capacidad para hacer frente al entorno; este es un proceso activo que no es homólogo con el concepto de conformidad. Aún para Balint, el proceso de readaptación es una “presión interna del súper ego”, un término de Sandor Ferenczi que describe una característica de algunos procesos educativos en los cuales la norma o el precepto es forzado dentro del superyó (Stewart, 1996:64). Las inquietudes expresadas por los primeros teóricos de la psicodinámica acerca de que el ofensor no podía ser forzado al cambio fueron simplemente ignoradas.

La teleología desarrollista del interés de Balint en el proceso de readaptación merece un mayor examen. El énfasis Kleiniano en la negatividad psíquica subvierte tanto la biología como el orden histórico (Rose, 1993). Sin embargo al rechazar el postulado Kleiniano sobre la primacía de la posición paranoide esquizoide en favor del objeto de amor primario, Balint vio el odio como una naturaleza defensiva, secundaria y reactiva. Al mismo tiempo pasa por alto la proposición de Klein de que la posición paranoide-esquizoide nunca es abandonada totalmente. El proceso de maduración deseado por Balint pierde apoyo en el punto en el cual para Klein la

“posición” es un concepto estructural más que cronológico (Segal, 1989:122). Para ponerlo de otra manera, “una ‘posición’ es siempre un estado disponible, no algo que una persona atraviesa” (Mitchell, 1986:116). Como Hanna Segal lo ha aclarado, estas posiciones persisten durante toda la vida, “el individuo todo el tiempo puede oscilar entre las dos [las posiciones paranoide esquizoide y depresiva]” (Segal, 1973:ix).

Balint formuló su modelo del ofensor como un penitenciario. Esto tampoco concuerda con la perspectiva Kleiniana. La teoría Kleiniana hace hincapié en el significado de la reparación en la constitución de la subjetividad de cada uno. Éste es construido en una actividad conjunta mucho más problemática que el castigo que Balint deseó imponer a los ofensores. De acuerdo con Klein, el camino para realizar la reparación incluye hacer sacrificios por el objeto amado y también identificarnos nosotros mismos con él. Éste es experimentado como

“un profundo impulso a realizar sacrificios, en orden de poder ayudar y poner bien a las personas amadas que habían sido heridas o destruidas en fantasías (...) en nuestra fantasía inconsciente arreglamos los daños que hicimos en fantasía, y por los cuales todavía nos sentimos inconscientemente muy culpables”.
(Klein, 1975:311-13)

Para Klein, el sujeto repara sus faltas imaginarias, sus ataques fantasiosos. El niño desea reparar sus objetos internos dañados representados en otros objetos externos. Además, la reparación es “de una naturaleza casi impracticable e irrealizable” (Klein, 1975:278). La penitencia deseada por Balint es sin embargo un ritual específico y consciente, un acto realizado para expiar un pasado particular y erróneo. Esto es casi como una reparación opuesta, que es experimentada como un imperativo, “como un requisito, algo disfrutado

—enternamente y externamente— por el niño” (Rose, 1993:165). Esto no es ni un logro del desarrollo ni un ideal normativo.

Mead vio la hostilidad expresada por el impulso punitivo como algo obstructivo que dificulta la reintegración del infractor dentro de la comunidad. Mi lectura del artículo de Balint ha explorado cómo los antagonismos son conservados dentro de una perspectiva reintegradora. La criminología actual es menos acriticamente correccional que la perspectiva de Balint. Parece importante enfatizar el punto de que la identificación es un mecanismo psíquico inconsciente que también está inextricablemente unida con la proyección. La identificación difiere de la perspectiva apreciativa de la “sociología partisana” de Howard Becker. Esta enfática postura incluye la decisión consciente de ponerse del lado del desvalido. Más allá de la elección evidente de optar por el desviado, algunos aspectos de la fantasía pueden ser distinguidos en la sociología partisana. Marcia Millman (1975) fue cuestionada en el punto en el cual los sociólogos masculinos de la desviación se habían identificado con sus antihéroes. Esto condujo a estos académicos a embellecer las características atractivas de sus sujetos, caracterizándolos como agradables, brillantes e interesantes. Como lo notó Alvin Gouldner (1973) todavía había un ímpetu desagradable

hacia este romanticismo, que presentó a los sociólogos de la desviación como una especie de coleccionistas de tipos raros y exóticos, complaciendo así un deseo sensual y erotizado de poder sobre el extraño exhibido en su extrañeza. El deseo agresivo de poseer al otro es un aspecto de la identificación descrito por Diana Fuss (1995b) como “un elemento de colonización” que es un deseo caníbal. Debajo de la admiración ostensible subyace del deseo de apropiarse del lugar del otro.

Lo que está en juego en la lectura psicoanalítica es el tipo de postura crítica que puede ser adoptada hacia la penalidad. Diana Fuss observó que la teoría psicoanalítica postula que todos somos asesinos en nuestro inconsciente, de aquí: “la identificación con un asesino psicótico provee de gratificación a un deseo de muerte contra otros y simultáneamente asegura la exculpación a través de la proyección de todas las culpas hacia la misma anomalía cultural” (Fuss, 1995b:100). La imposibilidad de mantener lo penitenciario dentro de la representación indica que las funciones duales de gratificación y exculpación no están simplemente asociadas. Esta última no anula confortablemente o repara a las primeras. En la dislocación entre gratificación y exculpación yace la posibilidad de una relación ética con el otro.

Conclusión

He trabajado a través del análisis de numerosas representaciones del encarcelamiento en orden de sugerir que una concepción psicoanalíticamente actualizada de la subjetividad tiene mucho que ofrecer al estudio de la penalidad. El artículo ha explorado el carácter de nuestras investiduras subjetivas en la práctica del castigo legal y ha perfilado la posibilidad de una relación ética con el otro que puede ser iniciada atendiendo a

las motivaciones inconscientes del castigo. En relación con el significado del castigo, he desafiado las posturas Durkheimianas y Foucaultianas en particular. Esto presenta el problema de si la penalidad contemporánea puede ser descrita como post disciplinaria de una forma algo prematura.

Una contribución del artículo, relacionada de forma más lejana, es que aporta a la lectura psicoanalítica como un ejercicio crítico y

reflexivo. Se ha argumentado que el modelo indiferenciado de la psique dentro de los esquemas conceptuales Durkheimianos y Foucaultianos no pueden ayudar a facilitar la reflexividad en el estudio de la penalidad. La eficacia de la teoría Kleiniana con respecto a esta mirada ha sido demostrada. Embarcarse en una lectura crítica de este tipo acarrea el

rechazo a las caracterizaciones generalizantes y crudas del psicoanálisis como positivista, individualista o normalizador. El artículo ilustra el potencial inmenso de la teoría psicoanalítica para pensar sensible y responsablemente los difíciles problemas que surgen en conexión con la práctica del castigo legal.

Bibliografía

- Alexander, F. and H. Staub** (1956): *The criminal, the judge and the public: A psychological analysis*. Glencoe, IL: Free Press [1931].
- Auden, W.H.** (1987): "In memory of Sigmund Freud", *Selected poems*. London: Faber & Faber [1939].
- Balint, M.** (1957): "On punishing offenders", *Problems of human pleasure and behaviour*. London: The Hogarth Press and The Institute Of Psycho-Analysis [1951].
- Balzac, H. de** (1970): *A harlot high and low*. Harmondsworth: Penguin.
- Cohen, S.** (1973): *Folk devils and moral panics*. St Albans: Paladin.
- Derrida, J.** (1998): "Resistances", *Resistances of psychoanalysis*. Stanford, CA: Stanford University Press.
- Doré, G. and J. Blanchard** (1872): *London: A pilgrimage*. London: Hutchinson.
- Foucault, M.** (1991): *Discipline and punish: The birth of the prison*. London: Penguin.
- Fuss, D.** (1995a): "Introduction: Figuring identification", *Identification papers*. New York and London: Routledge.
- (1995b): "Oral incorporations: The silence of the lambs", *Identification papers*. New York and London: Routledge.
- Garland, D.** (1990): *Punishment and modern society: A study in social theory*. Oxford: Clarendon.
- Genet, J.** (1971a): "Introduction", *Soledad brother: The prison letters of George Jackson*. Harmondsworth: Penguin.
- (1971b): *Miracle of the rose*. London: Penguin.
- Glover, E.** (1937): *The psycho-pathology of flogging*. London: Howard League for Penal Reform [1931].
- Gordon, Ch.** (1902): *The Old Bailey and Newgate*. London: T. Fisher Unwin.
- Gouldner, A.** (1973) "The sociologist as partisan: Sociology and the welfare state", *For sociology*. London: Allen Lane [1968].
- Hall, S.M., C. Critcher, T. Jefferson, J. Clarke and B. Roberts** (1978): *Policing the crisis: Mugging, the state, and law and order*. London: Macmillan.
- Hinshelwood, R., S. Robinson and O. Zárate** (1999): *Introducing Melanie Klein*. Cambridge: Icon Books.
- Hughes, T.** (1998): *Birthday letters*. London: Faber & Faber.
- Jackson, G.** (1971): *Soledad brother: The prison letters of George Jackson*. Harmondsworth: Penguin.
- Jerrold, W.B.** (1891): *The life of Gustave Doré*. London: W.H. Allen & Co.
- Klein, M.** (1975): "A contribution to the psychogenesis of manic-depressive states", *Love, guilt and reparation and other works 1921-1945*.

- London: The Hogarth Press and The Institute of Psycho-Analysis [1935].
- (1975): “Love, guilt and reparation”, *Love, guilt and reparation and other works 1921-1945*. London: The Hogarth Press and The Institute of Psycho-Analysis [1937].
- (1986): “ourning and its relation to manic-depressive states”, J. Mitchell (ed.): *The Selected Melanie Klein*. Harmondsworth: Penguin [1940].
- (1986): “Notes on some schizoid mechanisms”, J. Mitchell (ed.): *The Selected Melanie Klein*. Harmondsworth: Penguin [1946].
- Lacan, J.** (1995): *Ecrits: A selection*. London: Routledge.
- Mead, G.H.** (1918): “The psychology of punitive justice”, *American Journal of Sociology* XXIII (5): 577-602.
- Millman, M.** (1975): “She did it all for love: A feminist view of the sociology of deviance”, M. Millman and R.M. Kantet (eds.): *Another voice*. New York: Anchor.
- Mitchell, J.** (ed.) (1986): *The selected Melanie Klein*. London: Penguin.
- Pollock, G.** (1988): “Vicarious excitements: ‘London: A pilgrimage’ by Gustave Doré and Blanchard Jerrold”, *New Formations* 4: 25-50.
- Rose, J.** (1993): *Why war? Psychoanalysis, politics and the return to Melanie Klein*. Oxford: Blackwell.
- Segal, H.** (1973): *Introduction to the work of Melanie Klein*. London: Heinemann.
- (1989): *Klein*. London: Karnac Books and The Institute of Psycho-Analysis.
- Stavrakakis, Y.** (1999): *Lacan and the political*. London: Routledge.
- Stewart, H.** (1996): *Michael Balint. Object relations pure and applied*. London and New York: Routledge.